

LIBRO TRIGÉSIMO

BAYONA

Desórdenes ocurridos en Madrid con la noticia de los acontecimientos de Aranjuez. - Apresura Murat su llegada. - Al acercarse á Madrid recibe un mensaje de la reina de Etruria. - Envío de Mr. de Monthyón. - Encuentra éste á la familia real desolada y llena de pesadumbre por haber abdicado. - A la vuelta de Mr. de Monthyón, sugiere Murat á Carlos IV la idea de protestar contra una abdicación que le había sido arrancada por la fuerza, y difiere el reconocimiento de Fernando VII. - Entrada de los franceses en Madrid el día 23 de marzo. - Protesta secreta de Carlos IV. - Apresúrase Fernando VII á entrar en Madrid para tomar posesión de la corona. - Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII. - Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que salga al encuentro del emperador de los franceses. - Efecto que en las resoluciones de Napoleón producen las noticias de España. - Nuevo partido que adopta al saber la revolución de Aranjuez. - Concibe en París el mismo plan que Murat concibe en Madrid, que es no reconocer á Fernando VII, y hacerse ceder la corona por Carlos IV. - Encargo del general Savary en Madrid. - Regreso de Mr. de Tournón á París. - Duda momentánea en que se encuentra Napoleón. - Despacho singular del día 29, contrario á todo lo que había pensado y resuelto. - Las noticias de Madrid recibidas el 30 hacen que Napoleón vuelva á sus primeros proyectos. - Aprueba la conducta de Murat, y que se envíe á Bayona toda la familia real de España. - Pónese en camino para Burdeos. - Murat, con la aprobación de Napoleón, trabaja con el general Savary en la ejecución del plan concertado. - Fernando VII, después de reunirse en Madrid á sus confidentes el duque del Infantado y el canónigo Escociz, delibera sobre la conducta que deberá observar con los franceses. - Motivos que le impulsan á ir á buscar Napoleón. - Acaba de decidirle un coloquio que tiene con el general Savary. - Resuelve su viaje, y deja en Madrid una regencia presidida por su tío el infante D. Antonio. - Impresión que en los españoles causa su partida. - Al saber los reyes padres que Fernando va en busca de Napoleón, resuelven ir también ellos para sostener su causa personalmente. - Júbilo y locas esperanzas de Murat al ver que los príncipes españoles se entregan espontáneamente. - Espíritu de la nación española. - Sus sentimientos hacia nuestras tropas. - Conducta y actitud de Murat en Madrid. - Viaje de Fernando VII de Madrid á Burgos, y de Burgos á Vitoria. - Su permanencia en Vitoria. - Sus motivos para detenerse en esta ciudad. - Sepárase de él Savary para ir á recibir nuevas instrucciones de Napoleón. - Establécese Napoleón en Bayona. - Carta que escribe á Fernando VII, y órdenes que da con respecto á él. - Decídese por fin Fernando VII á pasar á Bayona. - Su llegada á esta ciudad. - Recibimiento que le hace Napoleón. - Primeras indicaciones sobre lo que de él exige. - Declárale Napoleón sin rodeos su intento de apoderarse de la corona de España, y le ofrece en cambio la corona de Etruria. - Resistencia é ilusiones de Fernando VII. - Para acabar de una vez espera Napoleón la llegada de Carlos IV, que había solicitado pasar á Bayona. - Partida de los reyes padres. - Libertad del príncipe de la Paz. - Reúñense en Bayona todos los príncipes de la casa real de España. - Recibimiento que hace Napoleón á Carlos IV. - Le trata como rey. - Fernando vuelve á la condición de príncipe de Asturias. - Convenio de Napoleón con Carlos IV para garantizarle á éste un cómodo retiro en Francia, mediante la cesión de la corona de España. - Resistencia de Fernando VII. - Resuélvese Napoleón á terminar aquel asunto con un acto de su omnipotencia, cuando los sucesos de Madrid vienen á suministrarle el desenlace deseado. - Insurrección de Madrid el día 2 de mayo. - Represión severa dispuesta por Murat. - Reacción que produce en Bayona. - Emoción de Carlos IV al saber lo ocurrido el día 2 de mayo. - Escena violenta entre el padre, la madre y el hijo. - Terror y resignación de Fernando VII. - Tratado de cesión de la corona de España á Napoleón. - Pónese en camino desde Bayona Carlos IV para Compiègne, y Fernando VII para Valencey. - Traspasa Napoleón la corona de España á su hermano José, y da la de Nápoles á Murat. - Dolor y despecho de Murat al saber las últimas resoluciones de Napoleón. - El príncipe francés sin embargo se esfuerza en hacer que las autoridades españolas pidan por rey á José. - Declaración equívoca de la Junta de gobierno y del Consejo de Castilla en favor de José, con ciertas condiciones. - Descontento de Napoleón por la conducta de Murat. - Mientras recibe la contestación de José para proclamar la nueva dinastía, procura Napoleón hacer olvidar la violencia que acaba de cometer en España sacando maravilloso partido de sus recursos. - Auxilios pecuniarios concedidos á la España. - Distribución del ejército para proteger las costas y precaver toda resistencia. - Vastos proyectos marítimos. - Llegada de José á Bayona. - Proclámasele rey de España. - Junta convocada en Bayona. - Deliberación de la misma. - Constitución española. - Acéptase esta constitución, y reconoce la Junta á José. - Conclusión de los sucesos de Bayona: pónense en camino José para Madrid y Napoleón para París.

La caída del príncipe de la Paz había ya producido en Madrid una especie de alegría feroz; pero llegó ésta al colmo con la noticia de la abdicación de Carlos IV y del advenimiento al trono de Fernando VII. No hay para el vulgo júbilo completo sin destrozos: sabíase que el príncipe de la Paz estaba arrestado en Aranjuez, y corrió el populacho á vengarse en su familia y en las personas que habían gozado de su confianza. Allanó sus casas y las persiguió, aunque afortunadamente ninguna cayó en sus manos, merced al valor de Mr. de Beauharnais, quien, vuelto inmediatamente á Madrid después de la abdicación de Carlos IV, tuvo tiempo de dar en su casa asilo á la familia de Godoy. Su madre,

su hermano, sus hermanas, casadas con altos personajes, habían pasado la noche más angustiosa en los desvanes de sus casas, y Mr. de Beauharnais les ofreció un amparo en la embajada, donde los protegió el terror que inspiraban los ejércitos franceses, pues ya no distaba Murat más que una jornada de Madrid. Duró el saqueo y el incendio todo el día 20, que era un domingo, y no hubo fuerza pública que lo estorbase. Había en Madrid dos regimientos suizos (los de Preux y Reding), pero estos soldados extraños, siempre menos útiles que otros cualesquiera en las sediciones populares, no se atrevieron á hacer cara, y nada hicieron en beneficio del orden. Aquellos abominables destrozos sólo

acabaron por el cansancio, por la cooperación de algunos paisanos voluntariamente armados, y por una proclama de Fernando, que no quería empezar mancillando su reinado con odiosos excesos. Por otra parte, todo Madrid estaba entregado al júbilo de ver que había acabado un reinado aborrecido, substituyéndole otro deseado con ansiedad. En los ánimos satisfechos no quedaba apenas lugar para la desconfianza al saber que los franceses se aproximaban á la capital, porque después de haber esperado que derribaran al valido, se lisonjaba el pueblo español con la esperanza de que reconocerían á Fernando VII; fuera de que, envanecido aquel pueblo con el primer ensayo que acababa de hacer venciendo por sí solo al temido favorito, tenía ya más confianza en sus propias fuerzas y parecía no temer fuerza ninguna. Pero en su sencillo júbilo no podía prestar fe más que á sus deseos, y por eso los franceses no eran á sus ojos sino auxiliares que acudían á la inauguración del reinado de Fernando VII. Con tal disposición de ánimos, nuestras tropas estaban seguras de ser bien recibidas.

Una gran parte de ellas había pasado ya el Guadarrama. Las dos primeras divisiones del cuerpo del mariscal Moncey se hallaban el 20 entre Cavanillas y Buitrago, y la tercera en Somosierra. La primera división del general Dupont se hallaba aquel mismo día en Guadarrama, pronta á caer sobre el Escorial; la segunda del mismo cuerpo en Segovia, y la tercera en Valladolid. Así, pues, Murat podía llegar á Madrid en veinticuatro horas, con dos divisiones del mariscal Moncey, una del general Dupont, toda su caballería y la guardia, esto es, con unos treinta mil hombres, mientras en la capital sólo había dos regimientos suizos desorganizados, y una población sin armas: de modo que Murat no tenía que temer la resistencia.

Pero los desórdenes de la capital le afligieron profundamente, temiendo que la Europa pudiera acusar á los franceses de haber querido trastornar la España para enseñorearse de ella más fácilmente: ignoraba además si esa imprevisible solución era la que Napoleón deseaba, y sobre todo la que podría más fácilmente originar la vacancia del trono español. Así que la humanidad, la obediencia y la ambición trababan en su alma la más penosa lucha. En semejante estado, escribió á Napoleón dándole parte de lo ocurrido, quejándose nuevamente de no saber sus intenciones, expresándole el disgusto que los acontecimientos de Madrid le causaban, y anunciándole que iba á entrar en la capital sin demora para reprimir á toda costa los excesos del populacho desenfrenado. Al mismo tiempo puso en movimiento sus columnas y avanzó para dejar en San Agustín las tropas del mariscal Moncey y en el Escorial las del general Dupont.

Al día siguiente, 21, hallándose en persona en el Molar, recibió un correo disfrazado que le llevaba una carta de la reina de Etruria. Esta princesa, á quien había conocido en Italia, uniéndole con ella vínculos de intimidad, apelaba á la generosidad de su corazón en nombre de una familia augusta y profundamente afligida. Decíale que sus ancianos padres corrían el mayor peligro, y que para salvarse recurría á su noble protección. Suplicábale que fuera en persona y de incógnito á Aranjuez, donde podía ser testigo de su

deplorable situación y pensar en los medios de sacarlos de ella.

Creía aquella desolada y joven princesa, poco versada en el conocimiento de los negocios, aunque con más disposiciones que su difunto esposo, que un general en jefe, que representaba á Napoleón y conducía un ejército francés á las puertas de una de las grandes capitales de Europa, podría substraerse nocturnamente de su cuartel general por uno ó dos días, como quizás había hecho en otros tiempos en Florencia, en plena paz, cuando los placeres le absorbían más que la guerra y las negociaciones. Contestóle Murat con la mayor cor-



Fernando VII, rey de España
Copia de un grabado de Juan F. Bolt (1769-1836)

tesía, que le afligía en sumo grado la desgracia de la familia real de España; pero que no le era posible abandonar su cuartel general, donde le sujetaban deberes imperiosos, y que mandaba en su lugar á Mr. de Monthyón, uno de sus oficiales, hombre de toda confianza, con quien podía externarse como con él mismo (1).

Mr. de Monthyón salió del Molar el día 21, y llegó el 22 á Aranjuez, donde halló á los reyes padres en el mayor desconsuelo. Carlos IV y su esposa, en un acceso de terror, se habían dejado arrebatar el poder supremo. La reina, principal autora de las determinaciones de aquella corte, había cedido á la abdicación por el deseo de salvar la vida al príncipe de la Paz, y de substraerse con su esposo á los peligros que su imaginación le había abultado. Pero pasado el primer momento, y substituído al popular tumulto el silencio y el aislamiento, amagado el príncipe de la Paz de nuevos males con la formación de causa mandada por Fernando VII.

(1) Nada de esto es supuesto. Tengo á la vista los documentos originales que se conservan en el Louvre, y que en muy escaso número publicó el *Monitor* con notables alteraciones. La correspondencia entre Murat y Napoleón, que es la más importante é instructiva de todas las que hacen referencia á los asuntos de España, no ha visto jamás la luz pública. En el *Monitor* se insertaron algunos fragmentos de la de Mr. de Monthyón, pero también muy desfigurados. Nuestra narración está sacada de originales autógrafos y conformes. (N. del A.)

traspasaba su pecho el doble dolor de verse caída, y de no haber podido poner en salvo al objeto de su criminal afecto. Y como los movimientos de su alma se reflejaban al instante en la de su débil esposo, ya éste experimentaba su misma pesadumbre; y para colmo de desgracia, acababa de insinuárseles en nombre de Fernando VII, que tendrían que retirarse á Badajoz, en lo interior de Extremadura, lejos de la protección de los franceses, á vivir allí aislados, y tal vez miserables, mientras su hijo aborrecido reinase, se vengase, y probablemente inmolase al infortunado Godoy! Semejante perspectiva hacía la caída mucho más dolorosa. La joven reina de Etruria, á quien su edad hacía todavía más penoso aquel destierro, agregaba su propia desesperación á todas las penas de la familia real caída. Como amiga de Murat, que llevaba en su auxilio estas mismas relaciones, había tomado el encargo de implorar la protección del ejército francés.

Tal era la situación en que encontró Mr. de Monthyón á aquella desgraciada familia. Asediáronle con súplicas y con las más vivas instancias así los reyes padres como la joven reina de Etruria; refiriéronle las angustias de los últimos días, las violencias de que habían sido objeto, las que tal vez les esperaban aún, las intimaciones que se les hacían de retirarse á Badajoz, y sobre todo los males que amagaban á Godoy. Habláronle de éste mucho más que de su misma familia real; pidiéronle para él con las manos cruzadas la protección de la Francia, ofreciéndole atenerse á lo que Murat resolviera en cuanto á lo ocurrido, y reconocerle como árbitro de los destinos de España, sometiéndose á cuanto mandara.

Regresó al punto Mr. de Monthyón á reunirse con Murat, que se había acercado á Madrid el día 22, para entrar el 23, época indicada de antemano en las instrucciones de Napoleón. Manifestóle lo que acababa de ver y oír en su conferencia con los reyes padres, su amarga pesadumbre, y su deseo de someter al fallo de Napoleón los últimos acontecimientos de España. Al oír Murat su relación, se vió súbitamente iluminado, porque aunque no poseía el secreto de la política á que servía de instrumento, había supuesto algunas veces que Napoleón se proponía obligar á huir á Carlos IV atemorizándole, y adquirir la corona de España lo mismo que la de Portugal, por abandono de sus poseedores. Frustraba este proyecto la asonada de Aranjuez, y creyó Murat que de aquellas mismas circunstancias podría sacar otro análogo. En su consecuencia, imaginó convertir el arrepentimiento que los reyes padres mostraban por su abdicación en una protesta formal contra el acto del día 19, y negarse á reconocer á Fernando VII, una vez redactada, firmada y puesta en sus manos dicha protesta; cosa sumamente hacendera, porque era imposible que después de semejante modo de subir al trono, reconociese á Fernando VII sin consultar primero á Napoleón. El resultado de esta combinación iba á ser dejar á España sin rey, porque el rey padre, destituido de hecho, no volvería á ocupar el trono si protestaba, y la autoridad de Fernando VII quedaría en suspenso por esta misma protesta. De modo que la España iba á quedar sin más soberano que el general que mandaba el ejército francés, entre un rey que había dejado de serlo, y que ya no podía volverlo á ser, y otro rey que aún no lo era, ni lo sería nunca si así convi-

niera; y la misma fortuna, que había frustrado el plan estorbando la huida de Carlos IV, se prestaba ahora á rehabilitarlo.

Aguijoneado Murat por la ambición, imaginó lo mismo que unos cuantos días después ideó con su refinada astucia el genio de Napoleón, cuando supo los últimos acontecimientos. Sin perder un instante, y con toda la energía de su deseo, mandó á Mr. de Monthyón que volviese á Aranjuez, con orden de presentarse inmediatamente á la familia real, y proponerle que, puesto que declaraba haber padecido violencia, protestase contra la abdicación del día 19, secretamente si no se atrevía á hacerlo en público, é incluyese su protesta en una carta dirigida al emperador, el cual no podía menos de llegar dentro de pocos días á España, y quedaría de este modo constituido en árbitro de la odiosa usurpación cometida por el hijo en detrimento de su padre. Prometía Murat defender y sincerar á los padres con Napoleón, y protegerlos entretanto, no sólo á ellos, sino también al desgraciado Godoy, prisionero á la sazón de Fernando VII.

Volvió Mr. de Monthyón á Aranjuez, y apresuróse Murat á escribir al emperador lo ocurrido, comunicándole la combinación que había imaginado. Llegado que hubo á Chamartín el 22 por la noche, ocupando las elevaciones que dominan á Madrid, se dispuso á verificar al otro día su entrada. Acababa de recibir al duque del Parque, comisionado por Fernando VII para felicitarle en nombre del nuevo rey de España, y ofrecerle la entrada en Madrid, con víveres, alojamientos para las tropas, y seguridad de las amistosas intenciones de la corte del joven monarca para con la Francia. Acogió Murat al duque con amabilidad suma, un tanto tocada de la presunción que le era característica, y al aceptar las manifestaciones de que era portador, le dijo con bastante claridad que sólo el emperador podía reconocer á Fernando VII, y legalizar, en nombre del derecho de gentes, la revolución ocurrida en Aranjuez. Declaróle que por su parte, mientras no llegase la decisión imperial, no podía considerar al nuevo gobierno más que como gobierno de hecho, ni dar á Fernando VII otro título que el de príncipe de Asturias. Quedaron admitidas estas imperfectas relaciones, únicas que podía otorgar el lugarteniente de Napoleón, y dispúsose todo para la entrada de los franceses en Madrid al otro día, 23 de marzo de 1808.

Los que llevaban la voz en la nueva corte, aunque poco prudentes, reconocieron sin embargo la necesidad de precaver un choque con los franceses; porque, como nacida de una revolución de camarilla, su regia potestad podía quedar deshecha por un solo regimiento de caballería. En su consecuencia, recomendaron mucho que las tropas francesas fuesen bien recibidas en Madrid, y para asegurarse de ello hicieron fijar en todas las esquinas de la capital una proclama, en que Fernando VII apelaba á los instintos de benevolencia que debían mutuamente abrigar dos naciones aliadas tanto tiempo. Así pues los españoles, que comprendían esta política lo mismo que su joven soberano, y que se veían además arrastrados por la curiosidad, estaban enteramente dispuestos á salir al encuentro de Murat, prodigándole sus aclamaciones.

El día 23 por la mañana reunió Murat en las elevaciones que caen á la espalda de Madrid, formadas por

las últimas garras del Guadarrama, parte de su ejército, que consistía á la sazón en las dos primeras divisiones del mariscal Moncey, la caballería de todos los cuerpos, y los destacamentos de la guardia imperial enviados de París para formar la escolta de Napoleón. Verificó su entrada á la mitad del día, al frente de un lucido estado mayor, cautivando á los naturales con su hermosa presencia y su franca y graciosa sonrisa. Llamó singularmente la atención la guardia imperial, y no menos los coraceros por sus aventajadas tallas, su armadura y su disciplina. Pero la infantería del mariscal Moncey, compuesta en su mayor parte de muchachos mal vestidos y cansados, inspiró más lástima que respeto: circunstancia desfavorable tratándose por el pronto de causar impresión más bien que de otra cosa. No obstante, todo aquel espectáculo militar en globo produjo cierto efecto en la imaginación de los españoles, los cuales celebraron mucho á los franceses y á sus jefes.

Por un descuido involuntario, más bien que por una falta de consideración en que nadie pensaba, no se había preparado alojamiento para el general en jefe del ejército francés. Apeóse Murat á las puertas de Madrid, en el palacio desierto del Buen Retiro, y tomó posesión del cuarto que habían ocupado antes de su marcha las hermanas Tudó. Ofendióle aquella especie de desatención; pero inmediatamente se le brindó con la antigua morada del príncipe de la Paz, situada al lado del suntuoso palacio que ocupan en Madrid los reyes. Fueron á visitarle las autoridades civiles y militares, el clero y el cuerpo diplomático: recibíolos con donaire y dignidad, como si fuera un soberano, aunque no llevaba más título que el de general en jefe del ejército francés.

Al entrar en Madrid se le dijo que iba á ser llevado allí, cargado de cadenas y conducido por los guardias de corps, el infortunado Godoy, cuya causa iban á tener el placer de instruir inmediatamente. Murat, por generosidad y por cálculo, para favorecer á la familia caída, llamado á ser instrumento de las nuevas combinaciones, había resuelto no tolerar aquel acto de crueldad con el desgraciado valido. Temiendo que la presencia de este personaje, objeto de los rencores de la muchedumbre, provocase un tumulto popular en el momento crítico de entrar las tropas francesas, despachó uno de sus oficiales con la sencilla orden de que se aplazase la traslación del preso, haciendo que se detuviera en algún pueblo cerca de Madrid. Esta orden encontró al príncipe de la Paz en Pinto, y le hizo permanecer allí unos cuantos días, y Murat dirigió inmediatamente un destacamento de caballería hacia Aranjuez, para proteger á los reyes padres, impedir que se los llevaran á Badajoz, y animarlos á seguir sus consejos, poniéndolos en completa seguridad. Anunció al mismo tiempo que ni él ni su soberano sufrirían el riguroso trato que á Godoy se le preparaba.

Mr. de Monthyón encontró á la familia de los reyes padres aún más desolada esta vez que en su primer viaje, aún más alarmada por la suerte del príncipe de la Paz, aún más traspasada por el abandono en que la habían dejado, más exasperada aún por el triunfo de Fernando VII, y más dispuesta, por consiguiente, á entregarse en brazos de la Francia. La idea de hacer una protesta que les restituyese el poder ó los vengase, sin faltarse en ella por eso á la verdad de los hechos, no

podía menos de ser recibida con entusiasmo. Así sucedió en efecto, y al punto Carlos IV se dispuso á firmar el documento. Pero la redacción que había propuesto Murat no era la que en un todo convenía á los reyes padres, sin embargo de no ser éstos jueces muy entendidos y escrupulosos en punto á conveniencia de estilo. Temían que aquel paso pudiera comprometer su vida y la del valido, si llegaba á saberse; y así solicitaron unas cuantas horas de tiempo para pensar en la forma que sería más adecuada, comprometiéndose empero á conducirse en todo como se les pedía, y á fechar la protesta con el día que más conviniese para hacer resaltar mejor la espontaneidad de su apelación á la justicia de Napoleón. Regresó Mr. de Monthyón al ejército, siendo portador de todas estas promesas y de una nueva invocación al poder de las tropas francesas.

Seguro Murat de poder disponer de los reyes padres como mejor cuadrase al buen éxito de la combinación de que era autor, resolvió influir en Fernando VII para comprometerle á no ceñirse todavía la corona, á que retardase cuanto pudiera su ascensión al trono, y principalmente su entrada solemne en Madrid. Juzgaba Murat que cuanto más tardase Fernando VII en ser rey, no siéndolo ya Carlos IV, más favorables serían las cosas á sus esperanzas. Deseaba además lograr de Fernando VII otra determinación que le parecía urgente. Al tratarse del viaje á Andalucía, había mandado el príncipe de la Paz á las tropas españolas que volviesen á pasar la frontera de Portugal, retrocediendo la división de Taranco á Castilla la Vieja, y la de Solano á Extremadura. De vuelta ya esta última á las cercanías de Talavera, iba aproximándose á Madrid, y podía originar un choque contrario á las miras de Murat, quien conocía perfectamente que los asuntos de España debían conducirse más con la astucia que con la fuerza. Pero para que se mandase retroceder á las tropas españolas había que recurrir al mismo Fernando.

Para este objeto comisionó Murat á Mr. de Beauharnais, de quien tenía mucha desconfianza porque sabía que era adicto á Fernando VII, y á quien suponía con más sagacidad de la que este embajador honrado y sin tino era capaz de mostrar en una trama política. Decidióle á pasar inmediatamente á Aranjuez, y á valerle de su ascendiente con Fernando VII para conseguir de él las resoluciones que requerían las circunstancias; y para mejor persuadirle, empezó Murat intimidándole por el modo equivocado con que había interpretado las intenciones de Napoleón, contribuyendo á que se frustrase el viaje á Andalucía (lo que en efecto, con razón ó sin ella, se achacaba á Mr. de Beauharnais). Para aumentar sus recelos le aseguró como en confianza, aunque en realidad él no lo sabía, que Napoleón deseaba que se hubiese repetido la escena de Lisboa; y después, como un medio eficaz de reparar su yerro, le sugirió la idea de ir inmediatamente á Aranjuez á obtener de Fernando VII que hiciese retroceder las tropas españolas, que no fuese á Madrid, y que dejase en suspenso su regia investidura hasta que se recibiese la decisión de Napoleón. Cedió Mr. de Beauharnais á este consejo, y partió al punto á Aranjuez á hacer, si no todo, al menos una parte de lo que Murat deseaba.

Recibido por Fernando, pidióle primeramente con su acostumbrada inflexibilidad el regreso de las tropas

españolas á sus primeras posiciones. Fernando á la sazón no tenía aún á su lado á sus dos principales confidentes, el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, que habían sido desterrados á demasiada distancia de Madrid para poder volver tan pronto: conservaba algunos de los ministros de su padre, especialmente á Ceballos y Caballero; y después de haber consultado con ellos, mandó despachar órdenes al general Taranco y al marqués Solano para que regresasen á Portugal, ó se detuviesen al menos en la frontera esperando nuevas instrucciones. Las tropas del marqués, en particular, tuvieron que volver á Badajoz por Toledo y Talavera. Evacuada esta primera parte de su cometido, Mr. de Beauharnais, ya porque no hubiese comprendido la intención de Murat en cuanto á la segunda, ya porque no quisiera conformarse con ella, puso todo su empeño en persuadir á Fernando VII de que era menester granjearse á toda costa la benevolencia de Napoleón, y á este fin salir á su encuentro, echarse en sus brazos impetrando su amistad, su protección y la mano de una princesa de su agrado; que cuanto antes diese este paso, antes lograría reinar; que lo mejor sería salir inmediatamente de Aranjuez para emprender el viaje, que no sería muy largo, porque se encontraría en el camino á Napoleón; que por último no convenía ir á Madrid sino de paso, y para trasladarse lo más pronto posible á Burgos ó á Vitoria.

Daba Mr. de Beauharnais este consejo con la mejor buena fe, y sin maliciar siquiera que con él contribuía por su parte, tanto como Murat por la suya, á urdir la trama de que Fernando debía ser víctima en breve. No le desoyó éste, pero aplazó su decisión hasta la llegada de sus dos especiales confidentes, sin los que no quería emprender ninguna cosa grave. Adoptó del consejo de Mr. de Beauharnais lo que más le convenía en la actualidad, que era dejar á Aranjuez para ir inmediatamente á Madrid, y anunció su entrada solemne en la capital al día siguiente, 24 de marzo.

De vuelta á Madrid, refirió Mr. de Beauharnais á Murat con la mayor sencillez cuanto acababa de decir y hacer; creyó Murat descubrir en él un cálculo maligno para reducir á Fernando á entrar desde luego en Madrid y á tomar cuanto antes posesión de la corona, y sin pérdida de tiempo le denunció al emperador como cómplice secreto de Fernando VII, como activo agente de la revolución que había precipitado al rey padre del trono, como un embajador peligroso que favorecía al único príncipe temible, que era el nuevo rey. Estos reproches, sugeridos por la celosa ambición de Murat, eran sin embargo injustos, ó por lo menos muy exagerados. Mr. de Beauharnais se había aficionado sinceramente á Fernando VII desde el principio, porque le parecía que era la única persona de la corte digna de interés; pudo tal vez fomentar esta inclinación el proyecto de darle una esposa de la familia de Beauharnais; pero siempre creyó en conciencia que la mejor de todas las soluciones para la Francia era el adherirse fuertemente á Fernando VII, y al impeler á este príncipe hacia el camino de Francia se proponía llevarle, no á Madrid, sino á los pies de Napoleón, para asegurar el resultado que creía mejor. Por otra parte, no era Beauharnais ni tan activo ni tan sagaz para haber tomado parte en la última revolución, en la que sólo había figurado ofre-

ciéndose con su poco tino y su valor á socorrer al rey anciano en el momento del peligro.

Los que dirigían los negocios en la nueva corte lo habían dispuesto todo para la entrada de Fernando VII en Madrid. Aunque ignoraban los designios de Napoleón, creían que siendo el cetro de Fernando el más sólido y entero, debía ser el menos grato á los franceses si tenían alguna mala intención contra el trono de España. Consideraban pues como urgente el entrar en Madrid y recibir con las aclamaciones de aquella población una especie de consagración popular. Murat había entrado el 23, y, según ellos, era ya demasiado retraso entrar un día después; por lo cual, se hizo publicar la traslación de la nueva corte desde Aranjuez á Madrid para el día siguiente, 24, sin más aparato que los guardias y el entusiasmo del vecindario.

Aquel mismo día, en efecto, habiendo salido temprano de Aranjuez, se apeó Fernando en una de las puertas de la capital, que fué la de Atocha, montó á caballo rodeado de los jefes de palacio, atravesó el hermoso paseo del Prado y entró en Madrid por la anchurosa calle de Alcalá, entre un inmenso gentío que después de haber deseado tanto tiempo el fin del último reinado y el principio del nuevo, veía realizadas sus esperanzas y quería en cierto modo olvidar á fuerza de explosiones de júbilo los peligros que á la patria amenazaban. Salíó á los balcones y por las calles el vecindario todo, loco de alegría. Las mujeres arrojaban flores desde las casas; los hombres, apresurándose á salir al encuentro al joven monarca, tendían sus capas bajo los pies de su caballo; otros armados de puñales juraban morir por su causa, porque todos aquellos corazones inflamados columbraban confusamente la sombra del peligro. Era en tal momento aquel príncipe astuto, rencoroso y poco digno de ser amado, objeto de un entusiasmo sólo comparable con el que produjeron Tito entre los romanos y Enrique IV entre los franceses. Era la esperanza y la delicia de la España, ignorante de su porvenir.

Llegado que hubo á palacio, recibió Fernando VII á los funcionarios públicos. Pasó aquel mismo día á felicitarle y tributarle su respetuoso homenaje el cuerpo diplomático, como á rey legítimo aunque no reconocido todavía; pero no fué con él Mr. de Beauharnais por habérselo Murat impedido, y su ausencia dió mucho qué temer á la nueva corte, causando cierto embarazo á los demás diplomáticos, que acababan de externar sus secretos sentimientos al adherirse tan pronto á la sucesión de los Borbones. Excusáronse de haberlo hecho así los ministros de las potencias débiles y dependientes de otras; también se excusó el de Rusia, aunque con menos humildad, porque sólo alegó el tener por costumbre diplomática invariable la salutación al nuevo rey sin prejuzgar la cuestión de su reconocimiento definitivo.

Acogió Murat con visible descontento aquellas disculpas porque se había acostumbrado á mirar á Fernando como rival suyo para la corona de España; y cuando le propusieron que fuese él también á verle, se negó rotundamente, declarando que para él seguían siendo Carlos IV rey de España y Fernando príncipe de Asturias, hasta que Napoleón pronunciase sobre aquel grave y triste conflicto. En la noche del 21, según dejamos dicho, escribió desde el Molar á Napoleón

cuanto había sucedido, y comunicándole su plan, reducido á hacer que Carlos IV protestase y se negase á reconocer á Fernando VII, para que la España quedase vacilante entre un rey que ya no lo era y un príncipe que todavía no era rey.

Ocupado los días 22 y 23 en su marcha y entrada en Madrid, no le fué posible escribir; hízolo el 24, contando lo acaecido en los dos últimos días, é inspirado siempre por los sucesos, agregó á su plan la nueva idea que Mr. de Beauharnais le había inocentemente sugerido, y de la cual iba á hacer un uso maligno, que era lá de enviar á Fernando al encuentro de Napoleón, para que éste se apoderase de él é hiciese luego lo que quisiera. Hecho esto, quedaba sólo en la escena Carlos IV, de cuyas débiles manos sería facilísimo arrancar un cetro que la misma España miraba en ellas con disgusto.

Mientras estos sucesos ocurrían en España, Napoleón los iba sabiendo con seis ó siete días de retraso por el tiempo que tardaban á la sazón las noticias en llegar de Madrid á París. Supo entre el 23 y el 27 el levantamiento de Aranjuez, luego la caída del favorito, y por último la abdicación forzada de Carlos IV: solución imprevista, aunque no la menos natural, que le sorprendió sin contrariarle. No habiéndose verificado el viaje deseado de la familia reinante, con el cual habría quedado vacante el trono de España, el primer plan se redujo á una combinación abortada. Sin embargo Napoleón miró estos mismos acontecimientos como un nuevo medio para lograr su objeto, que coincidió exactamente con el que habían sugerido á Murat las circunstancias. Antes que llegasen á París las cartas en que éste proponía sus proyectos, había imaginado Napoleón no reconocer á Fernando VII, cuya reciente potestad, anhelada por los españoles, sería difícil destruir, y considerar á Carlos IV como rey todavía por ser fácil de derribar su cetro envejecido y odioso á sus súbditos. Por otra parte, por medio de un arbitraje entre padre é hijo, podía favorecerse al padre, quien al momento cedería á Napoleón la corona de España, por dirigir su conducta el príncipe de la Paz y la reina, ansiosos ante todo de vengarse de Fernando VII. Si con el pretexto de ese arbitraje se lograba impulsar á Fernando VII hacia Napoleón, no era ya difícil apoderarse de su persona, y la dificultad se simplificaba considerablemente porque no era preciso habérselas más que con los padres destronados, instrumentos muy fáciles de manejar por quien podía asegurarles el descanso de que habían menester en su decrepitud, y la venganza que su ulcerado corazón apetecía. Podía dejárseles el cetro cierto tiempo, y hacérselo entregar después por un retiro cómodo y opulento, ó bien quitárselo desde luego sacando partido del miedo que les causaba una revolución naciente, y de la aversión que les tenía un pueblo cansado de sus vicios.

Dejándose precipitar de este modo hacia la conquista de un trono extranjero sin servirse de la guerra, que es un medio legítimo cuando no se provoca, iba Napoleón de astucia en astucia haciéndose cada vez más criminal. Algunos lo han achacado todo á lo que llaman su natural perfidia; otros á las imprudencias de Murat, que le comprometió á pesar suyo. La verdad está en lo que aquí consignamos: uno y otro, llevados de la ambición, y favorecidos por las circunstancias, con-

tribuyeron según su posición á aquella obra tenebrosa, y el proyecto de no reconocer al hijo, y de servirse del padre exasperado contra el hijo rebelde, nació al propio tiempo en Madrid y en París, en el cerebro de Murat y en el de Napoleón, al influjo de los mismos acontecimientos. Ni podía menos de ser así, porque aquella situación no consentía ningún otro modo de obrar al que se colocaba en ella (1).

Mandó Napoleón llamar inmediatamente al general Savary empleado ya en las más peligrosas comisiones, que volvía á la sazón de San Petersburgo, donde, según he-



El general Savary

mos visto, había acreditado tanta flexibilidad como tino: descubrióle todos sus pensamientos acerca de España, su deseo de regenerarla y estrecharla á la Francia mudando su dinastía, los embarazos que dificultaban esta empresa, alternativamente contrastada y favorecida por los sucesos, el nuevo aspecto que presentaba desde la revolución de Aranjuez, y por último la posibilidad de llevarla á cabo valiéndose de Carlos IV contra su hijo Fernando VII. Expresó Napoleón al general Savary su intención de no reconocer al hijo, de afectar un respeto religioso hacia la autoridad del padre; de mantener esta autoridad el tiempo necesario para apoderarse de la corona, haciéndosela transmitir inmediatamente ó después según las circunstancias; de sacar á Fernando VII de Madrid para llevárselo á Burgos ó Bayona, con objeto de tenerlo á recaudo, y de conseguir de él la cesión de sus derechos mediante una indemnización en Italia, como la Etruria por ejemplo. Mandó Napoleón al ge-

(1) Estos asertos están probados por el contenido y las fechas de la correspondencia entre Murat y Napoleón. (N. del A.)